



LA CONDESA DE CELA

I

«Espérame esta tarde». No decía más el fragante y blasonado plieguecillo.

Aquiles, de muy buen humor, empezó á pasearse canturreando una jota zarzuelesca, popularizada por todos los organillos de España. Luego, quedóse repentinamente serio, mientras se atusaba el bigote ante el espejo roto de un gran armario de nogal ¿Por qué le escribiría ella tan lacónicamente? Hacía algunos días que Aquiles tenía el presentimiento de una gran desgracia: Creía haber notado cierta frialdad,

C O F R E D E S A N D A L O

cierto retraimiento. Quizá todo ello fuesen figuraciones suyas, pero él no podía vivir tranquilo.

II

Aquiles Calderón, era un muchacho americano, que había salido muy joven de su patria, con objeto de estudiar en la Universidad Compostelana. Al cabo de los años mil, continuaba sin haber terminado ninguna carrera. En los primeros tiempos derrochara como un príncipe, mas parece ser que su familia se arruinó años después en una revolución, y ahora vivía de la gracia de Dios. Pero al verle hacer

C O F R E D E S A N D A L O

el tenorio en las esquinas, y pasear las calles desde la mañana hasta la noche, requerebrando á las niñeras, y pidiéndolas nuevas de sus señoras, nadie adivinaría las torturas á que se hallaba sometido su ingenio de estudiante tronado y calavera, que cada mañana y cada noche tenía que inventar un nuevo arbitrio para poder bandearse.

Aquiles Calderón, tenía la alegría desesperada y el gracejo amargo de los artistas bohemios. Su cabeza, airosa é inquieta, más correspondía al tipo criollo que al español: El pelo era indómito y rizado, los ojos negrísimo, la tez juvenil y melada, todas las facciones sensuales y movibles, las mejillas con grandes planos, como esos idolillos aztecas tallados en obsidiana. Era hermoso, con hermosura magnífica de cachorro de Terranova. Una

C O F R E D E S A N D A L O

de esas caras expresivas y morenas que se ven en los muelles, y parecen aculotadas en largas navegaciones trasatlánticas por regiones de sol.

III

Está impaciente, y para distraerse tamborilea con los dedos el himno mexicano en los cristales de la ventana que le sirve de atalaya. De pronto se endereza, examinando con avidez la calle, arroja el cigarro y va á echarse sobre el sofá aparentando dormir. Tardó poco en oirse el roce de una cola de seda desplegada en el corredor. Pulsaron desde fuera ligeramente y el estudiante no contesta. Entonces, la

C O F R E D E S A N D A L O

puerta se abre apenas, y una cabeza de mujer, de esas cabezas rubias y delicadas en que hace luz y sombra el velillo moteado de un sombrero, asoma sonriendo, escudriñando el interior con alegres ojos de pajarillo parlero. Juzgó dormido al estudiante, y acercósele andando de puntillas, mordiéndose los labios de risa:

—¡Así se espera á una señora, borricote!

Y le pasó la piel del manguito por la cara, con tan fino, tan intenso cosquileo, que le obligó á levantarse riendo nerviosamente. Entonces la gentil visitante sentósele con estudiada monería en las rodillas, y empezó á atusarle con sus lindos dedos las guías del bigote juvenil y farrón:

—¡Conque no ha recibido mi epístola el poderoso Aquiles!

—¡Cómo no! ¡Pues si te esperaba!

C O F R E D E S A N D A L O

—¡Durmiendo! ¡Ay, hijo, lo que va de tiempos!... Mira tú, yo también me había olvidado de venir, me acordé en la catedral.

—¿Rezando?

—Si, rezando... Me tentó el diablo.

Hizo un mohín, y con arrumacos de gata mimada se levantó de las rodillas del estudiante:

—¡Caramba, no tienes más que huesos!... La atraviesas á una.

Hablaba colocada delante del espejo, ahuecándose los pliegues de la falda. Aquiles acercóse con aquella dejadez de perdido, que él exageraba un poco, y le desató las bridas de la capota de terciopelo verde, anudadas graciosamente bajo la barbata de escultura clásica, pulida, redonda, y hasta un poco fría como el marmol. La otra, siempre sonriendo,

C O F R E D E S A N D A L O

levantó la cara, y juntando los labios, rojos y apetecibles como las primeras cerezas, alzóse en la punta de los pies:

—Bese usted, caballero.

El estudiante besó, con un beso largo, sensual y alegre, como prenda de amorosa juventud.

IV

Era por demás extraño el contraste que hacian la Condesa y el estudiante: Ella llena de gracia, trascendiendo de sus cabellos rubios y de su carne fresca y rosada, como manzana sanjuanera, grato y voluptuoso olor de esencias elegantes, deshilachaba, con esa inconsciencia de

C O F R E D E S A N D A L O

las damas ricas, los encajes de un pañolito de batista. Aquiles fumaba, con las manos hundidas en los bolsillos y la colilla adherida al labio, como un molusco. Lo tronado de su pergeño, la expresión ensoñadora de sus ojos y el negro y rizado cabello, siempre más revuelto que peinado, dábanle gran semejanza con aquellos artistas apasionados y bohemios de la generación romántica. Pero en la devota Compostela nadie paraba mientes en contraste tal. Del mismo jaez habían sido todos los amores de la Condesa de Cela.

¡La pobre Julia, tenía la cabeza á componer y un corazón de cofradía! Antes que con aquel estudiante, dió mucho que hablar con el hermano de su doncella, un muchacho tosco y encogido, que acababa de ordenarse de misa, y era la más rara visión de clérigo que pudo salir

C O F R E D E S A N D A L O

de Seminario alguno. Había que verle, con el manteo á media pierna, la sotana verdosa enredándosele al andar, los zapatos claveteados, el sombrero de canal metido hasta las orejas, sentándose en el borde de las sillas, caminando á grandes trancos con movimiento desmañado y torpe. Y, sin embargo, la Condesa le había amado algún tiempo, con ese amor curioso y ávido que inspiran á ciertas mujeres, las jóvenes cabezas tonsuradas. No podían, pues, causar extrañeza sus relaciones con Aquiles Calderón. Sin tener larga fecha, habían comenzado en los tiempos prósperos del estudiante americano. Más tarde, cuando llegaron los días sin sol, Aquiles, como era muy orgulloso, quiso terminarlas bruscamente, pero la Condesa se opuso. Lloró abrazada á él, jurando que tal desgracia los unía con nuevo lazo más fuerte que ningún otro. Durante

COFRE DE SANDALO

algún tiempo, tomó ella en serio su papel. A pesar de ser casada, creía haber recibido de Dios la dulce misión de consolar al estudiante. Entonces hizo muchas locuras y dió que hablar á toda la ciudad, pero se cansó pronto.

V

Traveseando como chicuela atardida, rodea la cintura de su amante, y le obliga á dar una vuelta de vals por la sala. Sin soltarse, se dejan caer sobre el sofá. Aquiles, haciéndose el sentimental, empieza á reprocharle sus largas ausencias, que ni aun tienen la disculpa de querer

COFRE DE SANDALO

guardar el secreto de aquellos amores. ¡Ay, eran veleidades únicamente! Ella sonríe, como mujer de carácter plácido que entiende la vida y sabe tomar las cosas cual se debe. Aquiles, habla y se queja con simulada frialdad, con ese acento extraño de los enamorados que sienten muy honda la pasión y procuran ocultarla como vergonzosa lacería, resabio casi siempre de toda infancia pobre de caricias, amargada por una sensibilidad exquisita, que es la más funesta de las precocidades. La Condesa le escucha distraída, mirándole unás veces de frente, otras de soslayo, sin estarse quieta jamás. Por último, cansada de oírle, se levanta, y comienza á pasearse por la sala, con las manos cruzadas á la espalda y el aire de colegial aburrido. Aquiles se indigna: ¡Para eso, sólo para eso, se ha pasado toda la tarde esperándola! Ella sonríe:

COFRE DE SANDALO

—¡Y acaso yo he venido á oírte sermonear! No comprendes que bastante disgustada estoy...

—¿Tú?

—Si, yo, que siento las penas de los dos, las tuyas y las mías... Pero como me ves amable y risueña con todo el mundo, te figuras... Y lo mismo que tú los demás...

Deja de hablar, contrariada por la sonrisa incrédula de su amante: Luego, clavando en él los ojos claros y un poco descaradillos, como toda su persona, añade irónicamente:

—Desengáñate, rapaz, las apariencias engañan mucho. ¿Quién, viéndote á tí, podrá sospechar ni remotamente las penurias que pasas?

—Pues, hija, el que tenga ojos. Esta vitola no creo que pueda engañar á nadie.

Aunque herido en su orgullo, el bohemio sonríe atusándose el bigote, mostrando los dien-

COFRE DE SANDALO

tes blancos como los de un negro. La Condesa ríe también:

—¡Cállate, sinvergüenza! ¡La verdad, yo no sé cómo he podido quererte, porque eres feo, feo, feo!...

Y semejante á su lindo galguillo inglés, muerde jugueteando una de las manos del estudiante, mano de hombre, fina, morena y varonilmente velluda. De pronto, se levanta exclamando:

—¿Y mi manguito?

Aquiles da con él bajo una silla cargada de libros. Quiere limpiarlo, y la Condesa se lo arrebatada de las manos:

—Trae, trae. Aquí tienes lo que me ha hecho venir.

Y saca un papel doblado de entre el tibio y perfumado aforro de la piel:

—¿Qué es ello?

—Una carta evangélica, carta de mi marido...

Me ofrece su perdón con tal de no dar escándalo al mundo y mal ejemplo á nuestros hijos.

Por el tono de la Condesa, es difícil saber qué impresión le ha causado la carta. Aquiles, sin dejar de atusarse el bigote, hace rodar sus negras y brillantes pupilas de criollo, y ríe, con aquella risa silbada que rebosa amarga burlería. La Condesa, un poco colorada, hace dobleces al papel. El estudiante, aparentando indiferencia, pregunta:

—¿Tú qué has resuelto?

—Ya sabes que yo no tengo voluntad. Mi familia me obliga, y dice que debo...

—¡Qué gran institución es la familia!

La actitud de Aquiles es tranquila, el gesto entre irónico y desdenoso, pero la voz, lo que

es la voz tiembla un poco. A todo esto, la Condesa baja la cabeza y parece dudosa.

VI

Allá en su hogar todo la insta á romper: Las amonestaciones de su madre, el amor de los hijos, y, sin que ella se dé cuenta, ciertos recuerdos de la vida conyugal, que tras dos años de separación, la arrastran otra vez hacia su marido, un buen mozo que la hizo feliz en los albores del noviazgo. Y, sin embargo, duda. Siente su ánimo y su resolución flaquear en presencia del pobre muchacho que tan enamorado se muestra. Pero si á un momento duélese

C O F R E D E S A N D A L O

de abandonarle, y como mujer le compadece, á otro momento, se hace cargos á si misma, pensando que es realmente absurdo sentirse conmovida y arrastrada hacia aquel bohemio, precisamente cuando va á reunirse con el Conde. Calcula que si es débil, y no se decide á romper de una vez, hallarase más que nunca ligada á Aquiles, sujeta á sus tiranías y expuesta á sus atolondramientos. Y entonces, el único afán de la Condesa, es dejar al estudiante en la vaga creencia de que sus amores se interrumpen, pero no acaban. Obra así, llevada de cierta señorial repugnancia que siente por todos los sentimentalismos ruidosos, y su instinto de coqueta, no le muestra mejor camino para huir la dolorosa explicación que presiente. Ella no aventura nada. Apenas llegue su marido, dejará la vieja ciudad, y al volver tras larga ausencia,

C O F R E D E S A N D A L O

quizá de un año, Aquiles Calderón, si aun no ha olvidado, lo aparentará al menos.

VII

No diera nunca la Condesa gran importancia á los equívocos del corazón. Desde mucho antes de los quince años, comenzó la dinastía de sus novios, que eran destronados á los ocho días, sin lágrimas ni suspiros, verdaderos novios de quita y pon. Aquella cabecita rubia, aborrecía la tristeza con un epicurismo gracioso y distinguido que apenas se cuidaba de ocultar: No quería que las lágrimas borrasen la pintada sombra de los ojos. Era el egoísmo pagano de una naturale-

C O F R E D E S A N D A L O

za femenina y poco cristiana que se abroquelaba contra las negras tristezas de la vida.

Momentos antes, mientras subía los ochenta escalones del cuarto de Aquiles, no podía menos de cavilar en lo que ella llamaba la despedida de las locuras. Conforme iba haciéndose vieja, aborrecía estas escenas, tanto como las había amado en otro tiempo. Tenía raro placer en conservar la amistad de sus amantes antiguos y guardarles un lugar en el corazón. No lo hacía por miedo ni por coquetería, sino por gustar el calor singular de esas afecciones de seducción extraña, cuyo origen vedado la encantaba, y en torno de las cuales percibía algo de la galantería íntima y familiar de aquellos linajudos provincianos que aun alcanzara á conocer de niña. La Condesa aspiraba todas las noches en su tertulia, al lado de algún antiguo adorador que había enve-

C O F R E D E S A N D A L O

jecido mucho más aprisa que ella, este perfume lejano y suave, como el que exhalan las flores secas, reliquias de amoroso devaneo conservadas largos años entre las páginas de algún libro de versos. Y, sin embargo, en aquel momento supremo, cuando un nuevo amante caía en la fosa, no se vió libre de ese sentimiento femenino, que trueca la caricia en arañazo. ¡Esa crueldad, de que aun las mujeres más piadosas suelen dar muestra en los rompimientos amorosos! Frunciendo el arco de su lindo ceño, contemplando las uñas rosadas y menudas de su mano, dejó caer lentamente estas palabras:

—No te incomodes, Aquiles. Considera que á mi pobre madre le doy, acaso, su última alegría. Yo tampoco he dicho que á ti no te quiera... La prueba está en que vengo á consultarte... Pero partiendo de mi marido la insinuación, no hay

C O F R E D E S Á N D A L O

ya ningún motivo de delicadeza que me impida...
¿A ti qué te parece?

Aquiles, que en ocasiones llegaba á grandes extremos de violencia, se levantó pálido y trémulo, la voz embargada por la cólera:

—¿Qué me parece á mi? ¡A mi! ¡A mi! ¿Y me lo preguntas? Eso, sólo debes consultarlo con tu madre. ¡Ella puede aconsejarte!

La Condesa humilló la frente con sumisión de mártir enamorada:

—¡Ahora insúltame, Aquiles!

El estudiante estaba hermoso: Los ojos vibrantes de despecho, la mejilla pálida, la ojera ahondada, el cabello revuelto sobre la frente, que una vena abultada y negra dividía á modo de tizne satánico. Aquiles Calderón, que era un poco loco, sentía por la Condesa esa pasión vehemente, con resabios grandes de animalidad, que

C O F R E D E S Á N D A L O

experimentan los hombres fuertes, las naturalezas primitivas, cuando llevan el hierro del amor clavado en la carne... Y la pasión se juntaba en el bohemio con otro sentimiento muy sutil, de sensualismo psíquico satisfecho, la satisfacción de las naturalezas finas condenadas á vivir entre la plebe, y conocer únicamente hembras de germanía, cuando, por acaso, la buena suerte les depara una dama de honradez relativa. El bohemio había tenido esta rara fortuna. La Condesa de Cela, aunque liviana, era una señora, tenía viveza de ingenio, y sentía el amor en los nervios, y un poco también en el alma.